

María J. Rodríguez-Shadow

“Ya estoy cansada,
me voy a trabajar”¹

Martina o “Tina” como siempre le llamó cariñosamente su marido, había tenido jaquecas recurrentes desde hacía mucho tiempo ¿desde hace cuánto? “Creo que casi un poco después que me casé”. Atribuía su dolor de cabeza al cambio de estado, en concreto a que ahora “ya era verdaderamente una mujer”. Mucha gente, entre otras su mamá, trató de convencerla de que eso era normal. Y Tina lo aceptó resignada.

Ella nació en San Bartolo, un pequeño y olvidado pueblecito de la sierra de Puebla. Se fue a vivir a los suburbios de la ciudad de Puebla en el momento en que se casó. Muchas de sus amigas del rancho la envidiaron de veras. Tenía 18 años y se casaba nada más ni nada menos que con Eduardo, que tenía un coche nuevito, un doctorado en Ciencias Sociales, un sueldo excelente y un trabajo en una prestigiosa universidad de la capital del estado. Ella debía sentirse muy halagada de que él hubiera puesto sus ojos en ella.

Él no era guapo, es verdad. Le llevaba 19 años, ¿qué importaba? Pero la podía llenar de los lujos a los que ella no estaba acostumbrada. La vida en su pueblo era dura y sin diversiones, a veces se sentía como un “burro de trabajo”. Pero

¹ La historia es verídica, los nombres son ficticios para proteger el anonimato de las personas.

eso cambiaría, ¡sí, señor! Ahora que se matrimoniaba con un profesional se daría la gran vida en la ciudad. Él la haría inmensamente feliz, él mismo se lo dijo. Como Eduardo había sido seminarista, de esos que se arrepienten y cuelgan la sotana, no se podían casar por la iglesia. Y Tina, que de chica soñó tantas veces lo preciosa que se vería saliendo de la iglesia, vestida de blanco y orgullosamente colgada del brazo de su enamorado, no podría cumplir esa ilusión. Bueno, ¡ini modo!

Eduardo no era del pueblo, por supuesto. El solía ir de visita a San Bartolo una vez al mes para ver a una muchacha que no se decidía a darle el “sí” definitivo. Tina ya sabía de su existencia por los insistentes cuchicheos de sus amigas, cuando lo vio por primera vez pensó: “éste sí que es un buen partido”. La siguiente ocasión que supo que estaba allí decidió que no se le escaparía. Hizo que una de sus amigas se lo presentara y de lo demás, dijo, “ya me encargaré yo”. Ella misma reconoce ahora su audacia, que la atribuye a su excesiva juventud.

Su noviazgo fue corto, él le dijo “yo no tengo mucho tiempo para esperar”. Se casaron en una sencilla ceremonia civil, con la presencia de sus familiares más allegados y de sus amigas. De luna de miel se fueron, tal como Eduardo prometió, “a una playa lejana”. A Cancún, una semana, “¡Ahhh cómo me divertí!”

Pero el idilio, que se imaginaba eterno, duró poco. Apenas una semana después del viaje de bodas, se enfrentó con la dura realidad.

De ahora en adelante la vida de Tina estaba planeada, ella ya no tendría que preocuparse de nada, los problemas él los resolvería, para eso estaba él ¡No faltaba más! Desde antes del casorio Eduardo había comprado una casita de campo, de esas de adobe, que tanto le recordaban lo que ella quería olvidar: su pueblo. Ella pensó que tendría una casa moderna con comodidades citadinas. ¿Y ahora qué hacer? Cuando él la cargó hasta la entrada le dijo “éste será nuestro nidito de amor” y ella pensó que si le contradecía rompería sus ilusiones. No dijo nada.

La casa tenía un gran solar que estaba sembrado de plantas de maíz y otros vegetales que Eduardo cuidaba con solitud amorosa todos los fines de semana, “es mi terapia” decía él. Ella también tendría la suya: la limpieza de la casa. Él se lo advirtió desde el primer día: “me gusta que todo brille de limpio, que todo esté en su lugar, que nadie contrarie mis órdenes ni interrumpa mi estudio”. “Desde ese momento —reflexiona Tina veinte años más tarde— mi destino ya estaba escrito”. Ella dedicaba el día entero a mantener la casa limpiísima, a preparar con sus manos, cotidianamente, las tortillas calientes ¡en el comal!, a cocinar los platillos tradi-

cionales que a Eduardo le gustaban, los cuales debían ser preparados siguiendo las recetas de su abuelita y a mantener inmaculada su ropa. De esa manera todo marchaba sobre ruedas, su vida se deslizaba sin ruidos, como una máquina recién aceiteada.

Cada día, después de un rápido desayuno, Eduardo salía desde la mañana a dar sus clases en la universidad, y regresaba a las tres de la tarde para comer. Luego se metía a su estudio a leer y preparar su clase del día siguiente. Ella se quedaba, al igual que en la mañana, sola en la cocina —su prisión— terminando la limpieza y terminando la cena. A las 8 de la noche Eduardo tomaba su cena, se metía a la cama a las 8:30, veía un rato la televisión y se dormía a más tardar a las 10.

Esa era la metódica vida de Eduardo, ¡ella jamás se lo imaginó! Tina pensaba que estaba muy joven y muy casada para llevar una vida tan monótona y de tanto encierro. “Casi nunca me sacaba a pasear, a una fiesta, bueno, ¡vaya! ¡ini al cine!” Y cuando ella veladamente se quejó, Eduardo, le regañó ásperamente. “Me dijo que pronto tendría en que entretenerme y que ni del cine me acordaría, y tenía razón”.

A los tres meses Tina estaba embarazada y Eduardo se llenó de gozo, el cual, como dice el dicho, se le fue al pozo cuando se enteró de que su mujer había dado a luz, ella sola, a una niña. Eduardo desapareció de la casa y no se volvió a presentar, hasta cuatro días después todavía medio borracho, cuando la “muñita” ya se le había pasado.

Tina sabía que su mamá había parido con la ayuda de una partera y pensaba que ella también tendría una. Pero no, Eduardo le había dicho que la maternidad es un hecho natural de la mujer, y que “de acuerdo con sus teorías” tener partera estorba los buenos oficios de la naturaleza. Por lo tanto, ella solita

tenía que dar a luz a sus hijos, ¡para eso era mujer! ¿no? Tina apenas podía dar crédito a lo que decía su marido “¿pero podría yo, mujer ignorante, oponer algún argumento convincente a mi marido que es tan culto?”

Después de esa amarga experiencia ella, todavía resentida, le dijo a Eduardo que sería conveniente que cada quién tuviera su recámara, así él “podría disfrutar de más privacidad”. Eduardo no opuso resistencia, accedió de inmediato. Tina piensa que gracias a eso ella tuvo sus embarazos tan espaciados. Dio a luz a tres hijas a las que adora: la primera tiene ahora 18, la segunda 10 y la tercera apenas va a cumplir 2, “es una bebita”, dice.

En las dos ocasiones siguientes, cuando Tina estaba a punto de dar a luz, Eduardo desaparecía, regresaba a la casa cuando el recién nacido ya estaba en su cuna, sólo para volverse a ir otros tres días a emborracharse “para ahogar su pena” al cerciorarse de que “¡otra vez tuviste una vieja!”. La paciencia de Tina terminó hace dos años con el nacimiento de Adela, su última hija. Ella comenzó a quejarse con voz cada vez más enérgica de que “ya no aguantaba más esa situación”. Pero su marido permanecía impenetrable.

En esa época acababa de regresar una comadre suya que había ido —de trabajadora indocumentada— a Nueva York y le platicó con tanto entusiasmo de lo bien que le había ido y de lo grande y maravillosa que es la “big apple” que Tina tomó una decisión apresurada y temeraria. Ella reconoce que le tomó tiempo reunir el valor para decírselo frente a frente a su esposo. “Ya estoy cansada, me voy a trabajar” ¿A trabajar? ¿A dónde? “Me voy con mi comadre Petra a Nueva York”. Eduardo, al principio, se mostró sorprendido, luego sus estados de ánimo pasaron sin intervalos a la incredulidad, el desconcierto, la turbación

y al último, ya de plano, a la cólera desesperada. “¿Quién cuidará de la casa? Creyó que la disuadiría de sus propósitos si le recordaba que su hija sufriría por su ausencia ¿Y la nena? ¿ya te olvidaste de Adelita?”

Tina no pensaba ya en nada, sino en lo que consideraba “su escapatoria”. Pese a que muchas dudas le asaltaron había tomado una decisión irrevocable: “Nada ni nadie me impediráirme a Nueva York”. Dice que estaba resuelta a “comenzar su propia vida, a tomarla en mis manos”. “No me pregunten de dónde saqué la resolución suficiente para cortar de tajo con la vida tan apagada que había llevado durante casi 20 años, no lo sé”.

Tina lleva aproximadamente un año y medio residiendo y trabajando en Nueva York y está decidida a no regresar a su pueblo. Está viviendo con otras dos mujeres, una de ellas, su comadre, en un departamento pequeño cerca de donde trabaja.

“Al principio me costó mucho trabajo, pa’ que más que la verda’, extrañaba mucho a mis hijas y me la pasaba llorando por las noches de pura tristeza. Pero, bueno, dicen que a todo se acostumbra uno. Ahora todavía las echo de menos, pero ya sé que están bien. Mi comadre Chona, que es la madrina de la niña medianita, siempre les echa un ojito y me escribe seguido platicándome cómo están”.

“Yo escribo seguido a mis hijas y les platico lo que me pasa y lo que siento, les abro mi corazón para que comprendan el motivo de mi lejanía. Yo cri’oque si me entienden, pues mi hija la más grande quiere venirse pa’ca conmigo, pero yo no quiero; ¿luego quién cuida a las menorcitas?”

El “coyote” que nos pasó pa’ este lado nos llevó hasta San Diego y allí nos trepó en un avión hasta’ca. Esa ha sido la emoción más fuerte que he tenido en los

últimos años. Ya me andaba por poner tierra de por medio entre mi marido y yo. Yo no creo que a pesar de todo este resentimiento que he guardado en mi corazón durante todos estos años, yo sea capaz de divorciarme de Eduardo, pos, después de todo todavía es el padre de mis hijas. Pero de volver con él, eso sí va a estar rete' difícil".

"Estando acá sola y teniendo que decidir por mi misma, lo que hago y lo que no hago me ha dado un conocimiento nuevo sobre mí misma. Ahora sé que tengo más valor que el que siempre me dio Eduardo. Yo era en la casa no'más como una cosa, una máquina de echar tortillas y lavar la ropa, diciendo siempre a todo que si y callada, callada. Pue' que por eso me dolía siempre la cabeza."

Recién que Tina llegó a Nueva York comenzó a trabajar en algunas casas limpiando y cocinando, por las tardes anduvo trapeando oficinas. Ganaba bien y se sentía libre. Hasta las jaquecas habían desaparecido. Ahora sólo trabaja lavando los platos en un restaurante, en un mes más le darán el puesto de cocinera con un poco más de sueldo. Como por las noches aprende inglés y ha descubierto que "no soy tan mensa", está planeando dejar ese trabajo y buscar otro mejor, pero de regresar a la casa "ni hablar".



Dolores Enciso Rojas

Carlos Vázquez Olvera
*El Museo Nacional de Historia
en voz de sus directores*
México, CNCA-INAH/Plaza y Valdés,
1997, 232 pp.*

Cuando se presenta un libro, al inicio de la intervención del comentarista, se acostumbra que éste dé las gracias al autor de la obra, por la oportunidad que le ha brindado en la presentación del libro en cuestión. Por ello, siguiendo con el ritual establecido, formalmente agradezco la invitación, pero también en forma particular y pública quiero expresar mi agradecimiento a Carlos Vázquez por permitirme acompañarlo en esta ceremonia tan importante para él; ya que conozco el significado, el esfuerzo y el premio académico que están implícitos en la publicación de su libro *El Museo Nacional de Historia en voz de sus directores*.

Además debo manifestar que cuando él me invitó como comentarista, inmediatamente contesté afirmativamente por considerar que tal distinción me correspondía, entre otras razones, por ser "gente del Museo" de 1970 a 1981, es decir, por haber laborado durante once años en el Museo Nacional de Historia; el cual, sin lugar a dudas, fue la cuna de mi formación cultural y académica. En efecto, durante ese lapso trabajé bajo las órdenes de tres directores, de los cuales

* Este libro fue presentado en el marco de los festejos del Día Internacional de los Museos en la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía Manuel del Castillo Negrete en el ex convento de Churubusco el 23 de mayo de 1997.

dos no fueron entrevistados y por ello no figuran en el libro de Carlos Vázquez. Uno de estos directores fue el finado licenciado don Antonio Arriaga Ochoa y la otra autoridad fue la antropóloga Lina Odena Güemes, quien actualmente labora en la Dirección de Antropología Social e imparte cátedra en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Posteriormente formé parte del equipo del arquitecto Felipe Lacouture y me llegué a integrar de tal manera a su forma de trabajar y a su proyecto museográfico que, sin lugar a dudas, puedo afirmar que fue un gran jefe, maestro y amigo.

* * *

Quisiera iniciar mis comentarios haciendo una breve introducción relacionada con los periodos directivos de don Antonio Arriaga y de Lina Odena Güemes. Esto lo hago para ilustrar someramente algunos aspectos cronológicos. El libro de Carlos Vázquez se inicia con el discurso inaugural del profesor José de Jesús Núñez y Domínguez, quien fuera director del Museo Nacional de Historia de 1944 a 1946 y en este discurso se plasmaron las directrices ideológicas que regirían al Museo Nacional durante los años posteriores. Siguiendo con la secuencia cronológica el autor del libro logró la entrevista de don Silvio Zavala, eminente historiador y director del museo de 1948 a 1954. Por razones que el